
Lo Real y la existencia relativa: el misterio de la Mente

Lo Real es eternamente y de manera inalterable lo mismo, ya sea el Vacío no manifestado o el mundo manifestado. Nunca ha nacido y, por lo tanto, nunca puede morir. No puede dividirse en diferentes «realidades» con diferentes niveles espacio-temporales ni multiplicarse más allá de su propia unidad primigenia. No puede evolucionar ni disminuirse, mejorar ni deteriorarse. Mientras que todo lo demás existe en dependencia de la Mente y existe por un tiempo limitado, por prolongado que sea, y por lo tanto solo tiene una existencia relativa, la Mente es la realidad absoluta, única y última, porque con todas sus innumerables manifestaciones en el universo nunca ha dejado de ser ella misma en ningún momento. Solo sus apariencias sufren cambios porque están en el tiempo y el espacio, nunca ella misma, que está fuera del tiempo y el espacio. Las divisiones del tiempo en pasado, presente y futuro no tienen sentido aquí; solo podemos hablar de su «eternidad». La verdad sobre ella es intemporal, como ninguna verdad científica podría serlo jamás, en el sentido de que, sea cual sea el destino que sufra el universo, su significado último permanece inalterable. Si el Absoluto se nos aparece como el primero en la serie temporal, como la Primera Causa del Universo, esto solo es cierto desde nuestro punto de vista limitado. De hecho, es solo nuestra idea humana. La mente humana solo puede asimilar la verdad del ser trascendental eliminando de sí misma las pantallas del tiempo, el espacio y la persona. Al ser eternamente autoexistente, la realidad es completamente intemporal. Las divisiones espaciales carecen igualmente de sentido en su «eseidad» [la cualidad de ser].

El Absoluto está en todas partes y en ninguna parte. No puede considerarse en términos espaciales. Incluso la palabra «infinito» es en realidad un término de este tipo. Si se utiliza aquí porque no hay otro disponible, que quede claro, entonces, que se utiliza simplemente como una metáfora sugerente. Si lo infinito no incluyera lo finito, entonces sería menos que infinito. Es erróneo hacer que ambos se excluyan mutuamente. Solo lo finito debe excluir lo infinito de su experiencia, pero no al revés. Del mismo modo, la Duración infinita no excluye el tiempo finito.

No debemos olvidar nunca que todo el movimiento dinámico ocurre inseparablemente dentro de un reposo estático bendito.

El devenir no está separado del Ser. Su movimiento cinético tiene lugar en la quietud eterna. La Mente-Mundo [o Mente Universal] está siempre trabajando en el universo, mientras que la Mente está siempre en reposo su imperturbable quietud, paradójicamente, hace posible toda actividad y movimiento. La Esencia infinita e incondicionada nunca podría quedar confinada dentro de la forma finita y limitada del mundo, ni estar sujeta a ella. Una habita en una intemporalidad trascendental, mientras que la otra existe en un tiempo continuo. No puede haber dos principios eternos, dos realidades últimas, ya que cada uno limitaría la existencia del otro y, por lo tanto, lo privaría de su carácter absoluto. Solo existe el Uno, que está más allá de todos los fenómenos y, sin embargo, los incluye. La manifestación del orden cósmico, por muy llena que esté de innumerables objetos y entidades, no altera en modo alguno ni en ninguna medida el carácter de la Realidad absoluta en la que aparece. Ese carácter es invariable: nunca se reduce a una forma inferior, nunca se confina en una forma limitada, nunca se modifica por las condiciones, nunca se ve privado de una sola pizca de su ser, sustancia, amplitud o calidad. Siempre es lo que era. Es el origen último de todo y de todos en este universo, pero permanece tan inmutable ante su muerte como ante su nacimiento, ante su ausencia como ante su presencia. Todo en el universo está sujeto a cambios, ya que todo ha nacido y debe morir. Veneramos a Dios porque Él no está sujeto a cambio, siempre existe y subsiste por sí mismo, no ha nacido, es inmortal.

El mayor misterio de todos

El misterio de la Mente es, sin duda, el mayor misterio de todos, pues cuando lo comprenda, tendrá la llave que abre la puerta a todos los demás problemas. Sin embargo, es necesario comprender lo siguiente: hay dos fases de la Mente. La primera es la Consciencia en su forma cotidiana, es decir, la consciencia de este mundo de tiempo, espacio y materia. Tiene la ilusión de que esta consciencia es un todo continuo y unificado, pero en realidad es como una ráfaga de balas de ametralladora, compuesta por una serie incesante de pensamientos inconexos. Debido a que estos pensamientos surgen y desaparecen con extraordinaria rapidez, nace la ilusión de una consciencia continua, la ilusión de un mundo sólido e inmutable, y la ilusión de un ego separado. La palabra «ilusión» utilizada aquí no debe malinterpretarse. La existencia de este asombroso trío no se niega ni por un solo instante, porque está ahí, mirándole a la cara. Pero esta existencia es pura y simplemente relativa. No es en absoluto permanente y, por lo tanto, no es real en el sentido oriental de esta palabra tan mal utilizada. No debe limitar la noción de Mente a ese fragmento que se utiliza en la consciencia cotidiana. Lo que se llama Consciencia es simplemente una parte de lo que se llama Mente o, desde el punto de vista funcional, simplemente una de sus facultades. Es la parte transitoria y relativamente menos importante. Viva o muera la consciencia, la Mente siempre continuará, porque es la fuente oculta. Ahora bien, esta Mente en su estado puro (es decir, no expresada a través de la consciencia humana cotidiana) está completamente más allá del alcance del pensamiento humano porque es Absoluta, sin

tiempo, sin espacio, sin ideas y sin materia. No tiene forma que pueda verse, ni sonido que pueda oírse. En consecuencia, desde el punto de vista humano promedio, es una gran Nada y, de hecho, algunos de los sabios tibetanos la llamaban el Gran Vacío. Como no puede atraerla hacia el alcance de su pequeña mente humana y, por lo tanto, no es consciente de ella, a veces se ha denominado Mente Inconsciente, a falta de un término mejor. Pero tal descripción no es adecuada, ya que puede dar lugar a peligrosos malentendidos. Es necesario encontrar un término descriptivo mejor. Citando una frase de una de las novelas de Disraeli: «Lo consciente no puede derivarse de lo inconsciente. El ser humano es divino». >

>Es esta Mente Infinita la que se ha llamado Dios, Espíritu, Brahman, y así sucesivamente. El ser humano debe llegar a comprender que su propia y pequeña corriente individual de consciencia ha fluído de esta gran fuente y que, finalmente, volverá a ella y desaparecerá en ella. Esta es la Verdad. Este Ser universal e impersonal es lo que todos buscan. Los que lo buscan conscientemente son las personas que han emprendido la Búsqueda. Los que lo buscan de forma inconsciente se inclinan por la bebida y otros placeres sensuales y persiguen los atractivos de este mundo tan seductor.

El aspirante intenta comprender qué es esta Mente

Tiene toda la razón al cuestionar la utilidad de embarcarse en un estudio interminable de las intrincadas clasificaciones de su entorno si estas son ilusorias. Desde el punto de vista del Camino Último, tal estudio es una pérdida de tiempo y, por lo tanto, no se aborda. El objetivo de este camino es conocer la Realidad Última; al conocerla, todas sus reflejos ilusorios se comprenden de forma natural. Sin embargo, debe tener cuidado al utilizar la palabra «ilusorio». El mundo no es ilusorio, pero sí lo es su percepción a través de los sentidos. Cada objeto considerado por separado como una entidad independiente es ilusorio, pero considerado como lo que es en su esencia sin forma, es real. Para expresarlo en un lenguaje más sencillo: todo lo que se ve es meramente una idea en la mente. Las ideas van y vienen y solo en este sentido son irreales; pero la materia de la que están formadas —es decir, la Mente— no va y viene y constituye la base última de todas las ideas y, por lo tanto, de su realidad última. Él busca comprender qué es esta Mente. >

>Ahora puede empezar a darse cuenta de que todas las enseñanzas teosóficas sobre los siete principios del ser humano, los cinco tattvas (fuerzas cósmicas) y la prakriti (materia prima) son enseñanzas dirigidas a principiantes incapaces de comprender la gran verdad de que todo ello no son más que ideas y que solo la Mente es lo que debería tratar de conocer. H. P. Blavatsky impartió estas enseñanzas porque sabía que el Occidente del siglo XIX no tenía una mentalidad metafísica, sino más bien una inclinación científica, y la ciencia de aquellos días era terriblemente materialista. ¿Qué otra cosa podía hacer sino impartir estas enseñanzas de nivel inferior? Ella misma escribe en uno de sus libros que solo ha dado tres o cuatro vueltas a la llave en la cerradura del misterio universal. Ha llegado el momento, a mediados del siglo XX, de dar las vueltas restantes que darán a conocer la verdad filosófica superior para la que la humanidad está ahora mejor preparada.

La vida como un sueño de la Mente

Aunque sepamos que la vida es como un sueño, debemos vivir, trabajar y actuar, amar, luchar y sufrir como si el sueño fuera real.

*Como ampliación a los textos aquí expuestos recomendamos la lectura (en la sección ARTÍCULOS) del documento **A231220 En qué quedamos ¿El mundo es real o ilusorio?...** donde se encuentran algunas notas más de Paul Brunton, pero también otras de Ramana Maharshi.*